
El peso de mi deseo

© Gata
28 de febrero de 1999
es.humanidades.literatura

Diez años metiéndome en la cama con él, diez años de besos hoscos de buenas noches, diez años palpando a tientas su entrepierna, sólo para que él retirase mi mano de mala manera, estéte quieta, ¿quieres?, después de un par de minutos de caricias inútiles.

Había otras. Yo lo sabía. Aquella carta tan cursi, la foto de una rubia de boquita de piñón en el bolsillo interior de su chaqueta, los pezones de la peluquera apuntándome a los ojos, tu marido es un hombre encantador, las llamadas de teléfono, las citas pulcramente anotadas en su agenda. Pero callé, me anudé las tripas y callé. No quería perderle. A pesar del regalo de todos los años, un bote de crema Ponds para las arrugas, a pesar de las noches de insomnio en el sofá, mientras él dormía a pierna suelta en nuestra cama, a pesar del cepillo de dientes sin usar, de los calcetines sucios colgados de la barra del baño, de los calzoncillos con la marca roja de los labios de la otra. Yo le quería.

Yo le quería, sí, y todavía tenía memoria para recordar su cuerpo sobre el mío, y sus jadeos y mis gemidos y las cosas que él me decía mientras empujaba una y otra vez dentro de mí, y el escalofrío final y aquel olor y después el delicioso latido en mi interior, su mano guardando mi cintura hasta que llegaba el sueño.

Pero llegaron las mujeres y con ellas el llanto, el chocolate, los kilos. Y él dejó de desearme, y yo pasé de víctima a culpable. Culpable de saber la verdad y no tener la valentía de afrontarla, culpable de esperar a oscuras sus ronquidos para proporcionarme a mi misma el placer que él me negaba, culpable de engañar a mi marido con mi mano, culpable de pensar, oh dios, que ésta era mucho mejor amante que él.

Hasta que una noche mi mano encendió mi hoguera dos, tres veces, y no fue suficiente. Y me volví hacia él, y aspiré su olor de hombre dormido, y fue como si una corriente de aire fresco recorriese mi cuerpo avivando las brasas entre mis piernas, y yo no sé que me pasó, que me incorporé y me arrodille sobre él y hundí mi sexo en su rostro, sujetando su cabeza entre mis muslos. Y él, todavía dormido, respondió, y yo, la amazona más ligera, más hermosa del mundo, galopé sobre mi marido con fuerza, saltando cercas, haciendo crujir las ramas que bordeaban el camino, guiando con mis muslos la montura que me llevaba al paraíso.

Fue mucho después, cuando me dejé caer sobre él, agotada y feliz, y mi oído registró el silencio que habitaba su pecho, fue entonces cuando supe que mi montura me había abandonado definitivamente a mitad de trayecto.